

LÁGRIMAS EN LA LLUVIA

Daba la sensación de que estaba haciendo una autopsia sobre el mostrador. “El paraguas no tiene arreglo”, dijo. Como un caballero, murió por su dama para salvarla de la tormenta. El dependiente aparta los restos y le ofrece uno con las tres aes, de aluminio, automático, anti viento; pero la mujer insiste en que preferiría arreglar el roto y conservar su tela de girasoles. Finalmente se convence de la gravedad mortal de las varillas y compra el nuevo. Tiene uno en casa que tal vez..., uno que era de su difunto esposo. Su hijo, de unos cuarenta años, permanece a su lado, de vez en cuando agita las manos, como si quisiera echar a volar con sus alas de espasmo. A ratos, se entretiene contestando a preguntas que nadie le hizo y formulando cuestiones que nadie —salvo él mismo— va a responder, luego suelta alguna palabra que no viene a cuento y mueve la cabeza de este a oeste y el cuerpo de norte a sur. “Si quiere, vaya a buscarlo, le da tiempo de sobra, le echo un vistazo y le digo si puedo repararlo” —dice el dependiente—, “hasta las ocho no cerramos”. “Vivo cerca, en dos minutos estoy de vuelta” —le contesta ella— “Cosme, espérame aquí, que ahora vuelvo, llueve mucho, voy a casa a buscar el paraguas de tu padre para que lo arregle este señor”.

El vendedor no puede evitar un gesto de asombro por aquella encomienda, un acogimiento provisional del que deberá hacerse cargo de forma tácita. Hay niñeras mágicas que vuelan con paraguas, pero él solo los vende. Cosme aletea y pasea por toda la tienda haciendo alarde de su catálogo de tics nerviosos, con esa felicidad efímera que relampaguea en los labios de quienes se han equivocado de siglo y de planeta.

Ha pasado una hora y su madre aún no ha vuelto. “Mamá, mamá, Cosme te está esperando”. Se asoma a la puerta y pregunta a los viandantes si la han visto, una vez, dos veces, cien... **“¿Mi madre? Le voy a hablar de mi madre”**. “Mamá dijo ahora vuelvo y ahora ya pasó, es tarde”. La manga de su chaqueta pasa y repasa por delante de su nariz, la olisquea buscando en ella los olores conocidos de ida y vuelta que la impregnan, luego, cuando ve entrar a una chica vestida con un impermeable con un tono amarillo que le disgusta, se va hacia el otro extremo de la tienda murmurando entre dientes “Pantone yelow PMS 102, capitán Pescanova” y se tapa los ojos. El dependiente no sólo no consigue calmarlo, sino que, ante tal muestrario de manías, va perdiendo la paciencia. Cosme se sienta, se balancea, se levanta, se descalza, ordena su calcetín en el empeine, vuelve a calzarse, declama frases a las que nadie encuentra sentido, **“Yo... he visto cosas que vosotros no creeríais”**, palabras sueltas que brotan a deshora desde *Blade runner*, y chocan contra quienes no son capaces de ver con él su película favorita, rebotando de golpe en el espejo, como piedras dispuestas a lapidar su frágil mundo de cortocircuitos neuronales. Luego se queda quieto ante los estantes con hebillas de colores, memoriza los precios, los recita sin pausas, y de nuevo entra en su pantalla: **“Yo... he visto cosas que vosotros no creeríais. Atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos-C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de**

Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán... en el tiempo... como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir".

De pronto se queda absorto mirando los golpes del martillo sobre el zapato encajado en la bigornia, sigue con los ojos la suela recortada y lijada pacientemente, hasta quedar adherida como si siempre hubiera estado ahí. "El dueño de ese zapato es un pie grande, y el dueño del pie es un señor muy alto y bastante gordo, algo patizambo, pisa hacia dentro, neutro no, pronador no, supinador sí, seguramente tiene rozados los muslos, sobre todo en verano, con el calor" —expone dogmáticamente, de corrido, sin balbuceos, para asombro del zapatero que se afana en su trastienda—, y después se gira hacia el expositor de los cordones multicolor donde vuelve a recitar los precios memorizados de las hebillas y unos cientos de decimales del número Pi. Ha pasado tanto tiempo que ya sabe cuántos enchufes hay y dónde están colocados, ha contado las bombillas, los candados, los espejos, las láminas de madera del suelo, los extintores y los letreros que marcan la salida de emergencia por la que le apetece irse. **"Y los ángeles ígneos cayeron. Profundos truenos se oían en las costas ardiendo con los fuegos de Orc"**. El zapatero piensa en el hombre alto, algo patizambo, que le trajo los zapatos que tiene entre las manos para cambiarles las tapas y las suelas...

El ruido del esmeril agita a Cosme y le hace aletear sin pausa. Algunos sonidos, los hostiles, le duelen, retumban amalgamándose en su cabeza, girando en ella como si fuera una hormigonera. Otros, en cambio, como la voz de su madre cuando no le riñe, son afables. Los tiene todos ordenados, inventariados del más agudo al más grave, clasificados por gamas, los ve entrar por el laberinto, desplazarse y adaptarse tomando las curvas por las circunvoluciones de su cerebro, hasta arrinconarse en un pequeño recodo donde él los toma prestados de vez en cuando, los amasa y los vomita en un cemento que fragua lento y le endurece el rostro. Los ruidos yacen en sus recuerdos y le rechinan, a veces la onda expansiva le trae al presente el instante dolorido de una secuencia remota, y le estalla la pólvora de una fiesta de artificio con todas sus luces chillonas, el percutor brillante de un taladro le horada los nervios, unas tijeras plateadas amenazan con cortarle el flequillo mientras llora, las carcajadas moradas del matón de turno vuelven para acosarlo en el patio del recreo, el hueso quebrándose bajo la sierra metálica del carnicero lo turba y el silbido marrón del tren sacando chispas de las vías lo altera. **"Recuerdos. Usted habla de recuerdos"**. Ahora, una sirena *escintilante* aúlla calle abajo, un perro ladra sin sordina y Cosme, compitiendo con ellos a todo volumen, imita magistralmente ambos sonidos. De pronto se queda anclado en la secuencia intermitente del metrónomo, oscilando, como un reloj de péndulo que va marcando el paso de la hora que falta para que ella vuelva. "Mamá, mamá, Cosme te está esperando", nunca se sabe lo larga que será la separación que nos aguarda. **"No perderemos lo que sentimos, no si hacemos el esfuerzo de retenerlo con la mente", "Me han dejado plantado otras veces, pero nunca cuando estaba siendo tan amable"**.

La tienda de paraguas tiene que cerrar, los zapatos reparados esperan a sus dueños en el armario. Son las ocho y cuarto y ya no queda nadie dentro, el olor a cola inunda el aire. El dependiente le pregunta dónde

vive. Pero él está nervioso y, atascado, no sabe decirle, sus pensamientos tartamudean, “tetenía que haber tomado la papastilla de la tatarde”, es lo único que contesta y luego añade **"Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser un esclavo"**. Ha vuelto a refugiarse en los recuerdos de una ficción que no lo aterrera.

La persiana metálica hace un ruido atroz cuando impacta con el suelo, el dependiente tiene que recoger a su niña, no puede esperar más, se va, se aleja bajo palio de la tela oscura e impermeable que recubre el almacén de las varillas flexibles. El tiempo de custodia y la prórroga de cortesía han finalizado. Por un instante, su sentido de la responsabilidad le hace dudar, quizá debería avisar a los municipales, pero podrían entretenerlo mucho tiempo y tiene los minutos justos para terminar el día, no puede perderlos con trámites burocráticos. Además, el chico no parece tonto, al contrario, ha demostrado ser bastante inteligente, seguro que sabe llegar a casa solo. Su madre tiene diarrea verbal, quizá se encontró con una vecina y está dándole a la lengua sin percatarse de la hora que es, necesitará evadirse de vez en cuando, la pobre... Todo eso piensa mientras se va haciendo pequeño entre la lluvia. La ciudad baja las persianas, los hombres cierran los párpados.

Sigue lloviendo, la lluvia parece el combustible con el que la tierra navega por el espacio. Un paraguas desvencijado y malherido reta a Cosme desde la papelera. La noche se desmorona, impacta contra el negro azabache de su pelo húmedo y se funde en su negrura. Él sigue con las manos aferradas a las orejas, no quiere dejar entrar más ruidos hostiles, todavía lo amenaza el eco de la persiana metálica descendiendo como una guillotina. Dentro de su pequeño cine improvisado está todo lo que quiere oír, se regodea en las frases retenidas que escapan por su boca, los diálogos brotan de una pantalla imaginaria donde él los visualiza y después los va acomodando sobre las butacas virtuales extendidas por el bordillo de la acera: **"¡Lástima que ella no pueda vivir! ¡¿Pero quién vive?!"**, **"Es hora de morir"**.

La humedad le caló los huesos, le duelen las manos y las rodillas, el hombro, los tobillos... Se refugia en un portal, pero una mujer que saca la basura, sorprendida ante los alardes del soliloquio y las estereotipias motoras, lo increpa y recibe como respuesta unas cuantas palabras malsonantes, un extracto del guión robado a una película de gánsteres, que se le precipitan a Cosme por la garganta sin el filtro tan necesario del cerebro. La mujer lo echa con cajas destempladas y Cosme se marcha desorientado, secándose el pelo con la *sontara* que tenía en el bolsillo, de vez en cuando saca alguna del taller especial de empleo porque a su madre le sirven para limpiar.

"La luz que brilla con el doble de intensidad dura la mitad de tiempo". No hay mejor rutina para vivir que vivir en la mejor de las rutinas, pero ahora la rutina ha muerto. Cosme —un moisés en el Nilo— está abandonado en medio de la anochecida, totalmente empapado, imitando sin descanso ese ritmo agudo y

chirriante de color rojo que se le mueve y le retumba dolorosamente en las sienes. Todos los sonidos hostiles siguen dando vueltas en el bombo mientras él espera que salga el premio y ella regrese.

“Mamá, mamá, Cosme te está esperando”. Es como si estuviera a punto de extinguirse llamando a su creador, demasiado androide para ser un humano entre los hombres, demasiado humano para ser un androide entre los replicantes. Es vulnerable y está desamparado, bloqueado por la rotura accidental de una rutina que se le hizo añicos, hielo picado de granizo entre la lluvia. **"Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad?"** De vez en cuando entra en su sala de sesión continua sin paredes ni techo para asistir al pase privado de su película favorita, agita las frases de *Blade runner* en su coctelera y apunta el guión a los actores protagonistas, luego abandona la secuencia, desciende el bordillo olisqueando la manga de su chaqueta y camina sin rumbo por la calzada. Todos los edificios se parecen y se confunden bajo la luz de las farolas.

Escucha en segundo plano el sonido de los limpiaparabrisas que barren la lluvia de los cristales, las ruedas rozando el asfalto, la amenaza estridente de las bocinas. Cosme avanza hacia la entrada de la autovía, desorientado y perdido, posando sus pies sobre la línea del arcén, imitando a voz en grito el doloroso aullido de la sirena de ambulancia que se llevó a su madre al hospital tras el mortal atropello.

AUTORA: Mar Braña Gancedo